

## CAPUT II

### PREMIUM

#### EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN

##### (50) La Predicación y el signo de identidad de la Orden

Hay muchos símbolos dominicanos: el hábito, el escudo, el perro con la antorcha a los pies de Domingo. Pero sólo hay un signo de identidad, un código genético, para los miembros de la Orden, de la Familia Dominicana: es la predicación para la salvación de la humanidad (Constitución Fundamental, IV), el ministerio de la Palabra (*officium Verbi*), la misión evangelizadora. El Capítulo General celebrado en Roma ha querido recordar a toda la Familia Dominicana, monjas, frailes, hermanas apostólicas y laicado dominicano, este nuestro signo de identidad, mientras nos acercamos al jubileo del 2016. Las monjas dedicadas preferentemente a la oración, participan en el ministerio de la predicación, escuchando la Palabra, celebrándola y proclamado el Evangelio con el ejemplo de su vida. Igualmente los hermanos cooperadores se incorporan al ministerio de la predicación mediante el fiel cumplimiento de su profesión en la Orden.

El Concilio IV de Letrán se había lamentado de que «nadie partía el pan de la Palabra a los fieles». Domingo intuyó que aquí estaba la raíz de los males de la Iglesia en su tiempo. Y decidió que ésta sería su misión y la de sus seguidores. Fue una intuición profética, porque la predicación de la Buena Nueva es el comienzo de ese proceso que conduce a la fe, a la conversión al Evangelio, a la construcción de la comunidad cristiana, a la humanización de la vida al estilo de Jesús. Ésta sigue siendo la misión específica de la Orden en una Iglesia necesitada ella misma de evangelización y en un mundo lleno de oportunidades, pero también poblado de sinsentido y de sufrimientos. La importancia de nuestra misión nos exige el buen uso de la Palabra y de las palabras. (En las oraciones por los predicadores del viejo misal dominicano, la primera oración era para pedir la gracia de la predicación, la segunda era para pedir el uso elegante de la palabra).

Desde el comienzo hemos de recordar que las variantes de la predicación y de la evangelización han sido múltiples en la tradición dominicana: la homilía y la enseñanza, la palabra oral y la palabra escrita, la expresión artística, la comunicación virtual, el diálogo interpersonal, el testimonio de la vida... Para que la predicación no se redujera al sermón o la homilía, ya Humberto de Romans hablaba de «predicar fuera de la predicación». Pero también queremos recordar que el anuncio explícito del Evangelio debe ser aspiración fundamental en todas esas variantes. De tal forma que, en todos los ministerios apostólicos de la Orden, se debe procurar llegar a ese anuncio explícito del Evangelio. Esto requiere que el predicador haya creído primero en el Evangelio, como María, «la oyente de la Palabra». Y requiere también estar dispuestos al diálogo y a dar la palabra a los demás.

##### (51) La predicación y la vida dominicana

La predicación no es sólo una función, una tarea, una misión. Para la Familia Dominicana la predicación es una forma de vida, un estilo de vida, es la *vita vere apostolica* que Domingo quiso para sí y para sus seguidores. Nuestro compromiso como Dominicos es, no sólo llevar una vida de predicación, sino una vida que en sí misma sea predicación, una vida que predique. Domingo concibió su proyecto fundacional en función de la predicación. Éste fue el *propositum vitae* que presentó a los Papas Inocencio III y Honorio III para su aprobación. De tal forma que todos los elementos de la vida dominicana están inspirados por el ministerio de la Palabra y deben orientarse a este ministerio.

Esta inspiración y esta orientación nos permite hablar de la oración y la liturgia dominicanas, de la contemplación y el estudio dominicanos, de la observancia regular dominicana, de la profesión dominicana de los consejos evangélicos... La predicación configura nuestra vida. Esto explica la estrecha relación entre la vitalidad de la vida dominicana y la vitalidad del ministerio de la Palabra en la Orden. Cuando la misión evangelizadora está viva, todos los elementos de nuestra vida están vivos: la oración, la contemplación, el estudio, el diálogo comunitario, la vida fraterna. Y cuando todos estos elementos están vivos también está viva la misión evangelizadora.

La predicación dominicana es un anuncio teológico-profético del Evangelio y una comunicación de la gracia a los necesitados y desfavorecidos de nuestro mundo. Anunciamos el misterio de la salvación que se ha revelado y realizado en Cristo crucificado y resucitado. Este anuncio enseña, conmueve, sana, alegra e ilumina las distintas realidades, las culturas, las tradiciones religiosas, y exige del predicador un ejercicio permanente de misericordia y compasión. Es a la vez una predicación que anima la esperanza cristiana en esa consumación final que Dios quiere para esta humanidad y esta creación.

## **(52) La predicación y la comunidad**

Tan importante consideraba Domingo el ministerio de la predicación, que quiso encomendárselo a la comunidad. Desde los orígenes se atribuyeron varias funciones esenciales a la comunidad dominicana en relación con la predicación: 1) Garantizar la permanencia y continuidad de la predicación y no dejarla al albur de los individuos. 2) Apoyar a los hermanos y hermanas en sus iniciativas y proyectos apostólicos y especialmente en los momentos de cansancio, de desaliento, de tentación de abandono. 3) Acreditar con la vida evangélica (oración, pobreza, comunicación de bienes, vida fraterna, solidaridad con los pobres y las víctimas...) la verdad y la eficacia transformadora del Evangelio predicado. 4) Ayudarnos mutuamente a escuchar los clamores de la humanidad.

En este sentido, los miembros de la comunidad dominicana están obligados moralmente a una conducta evangélica, para no desacreditar el ministerio de la predicación y el mismo mensaje predicado. De hecho, en los orígenes dominicanos se pedía a los visitantes que separaran de este ministerio a los hermanos cuya conducta no estuviera de acuerdo con el Evangelio predicado. La comunidad de la «Hispaniola» y el sermón de Antón de Montesinos, del que estamos celebrando los 500 años, es un excelente ejemplo de esa esencial relación entre la comunidad y la predicación, de esa fuerza profética de la predicación dominicana que lamentablemente no siempre se ejerció con el mismo vigor evangélico.

Nuestra predicación desde una comunidad fraterna, plural y dialogante debe ser un signo sanador en una Iglesia y una sociedad afectadas por constantes divisiones, confrontaciones y polarizaciones...

### **(53) La predicación y la formación dominicana**

Lo dice reiteradamente Humberto de Romans: «El único Maestro del predicador es el Espíritu Santo». Sin embargo, el predicador no nace, se hace. Precisamente la tarea fundamental de toda la formación dominicana es «formar un predicador dominico». Por eso el celo por la predicación debe estar ya presente desde el primer discernimiento vocacional. Naturalmente, las motivaciones vocacionales no son claras y definitivas desde el principio. Pasan por varios filtros a lo largo de la vida. Pero si el celo por la predicación no va apareciendo ya en la formación inicial en los candidatos, se puede poner en duda el acierto de su opción vocacional por la Orden de Predicadores. Llama la atención que en los orígenes de la Orden la mayor y más eficaz promoción vocacional tuvo lugar a través de la predicación de los hermanos. La predicación en las iglesias dominicanas atrajo a la mayor parte de los nuevos candidatos. Los ejemplos de Jordán de Sajonia y Reginaldo de Orleáns han quedado como paradigmáticos.

Por lo demás, la predicación debe ser criterio, referencia y propósito a lo largo de todo el período de formación inicial y en los programas de formación permanente. Los desafíos de la formación difieren hoy enormemente en las diversas entidades de la Orden, debido a las distintas circunstancias culturales, sociales, políticas y económicas de los pueblos y los continentes. Esto ha de ser tenido en cuenta en la formación de los predicadores dominicos. Sin embargo, somos conscientes de que estamos formando dominicos para una misión internacional, para la Iglesia universal y en un mundo globalizado. A pesar de sentirse a gusto primero en Osma, luego en Fanjeaux y después en Toulouse, Domingo no cejó en su empeño fundador hasta que consiguió la aprobación de una nueva Orden de Predicadores transdiocesana y universal. La predicación dominicana es una predicación eclesial (*In medio Ecclesiae*). Pero Domingo no la quiso circunscrita a los límites de una diócesis, de un monasterio o de un claustro canonical. La quiso universal.

### **(54) La predicación y el estudio**

También el estudio, como los demás elementos de la vida dominicana, tiene desde los orígenes de la Orden un carácter esencialmente apostólico. Forma parte de la contemplación dominicana. Alberto Magno, Tomás de Aquino, Catalina de Siena, Francisco de Vitoria, Bartolomé de las Casas... son ejemplos vivos del estudio como escucha de los clamores del mundo y como búsqueda apasionada de la verdad. El contacto con la humanidad doliente les permitió romper las barreras del pensamiento único.

El corazón humano tiene ansia de Dios. Hay una cierta gratuidad en la búsqueda de la verdad. Esto es ya una ayuda para la predicación, pues el que contempla desea transmitir lo contemplado. En este sentido, el estudio no es un simple ejercicio académico de dialéctica o retórica, ni es un fin en sí mismo, destinado sólo a la acumulación de erudición y conocimientos. El fin del estudio dominicano es la predicación. La «casa de estudios» es la «casa de predicación».

El varón evangélico (*vir evangelicus*) que era Domingo tuvo claro desde el principio el propósito y la finalidad del estudio en su persona y en la de sus hermanos: la predicación. Y el ámbito del estudio no tenía en él límites. Domingo escuchaba y

escrutaba con fe la Palabra de Dios, estaba atento a las orientaciones de la Iglesia, prestaba especial atención a las culturas nacientes de su época. En relación con estas tres escuchas, el estudio nos otorga la inteligencia de la Escritura, refuerza la contemplación que nos convierte en amigos de Dios y despierta nuestra preocupación por todas las *quæstiones disputatæ* sobre la justicia, la paz, los derechos humanos, el sufrimiento de los pobres, los excluidos, y las víctimas, que nos interpelan. Al mismo tiempo, el estudio y la búsqueda de la verdad se convierten en un ejercicio de misericordia y compasión.

Santo Domingo y los primeros frailes estudiaron para entrar en contacto con los herejes y para disputar o dialogar con ellos en base a los instrumentos filosóficos de su tiempo. El estudio sigue siendo necesario hoy en la Orden, no sólo para la enseñanza, sino también y sobre todo para el ministerio de la evangelización, para el diálogo con la cultura. Puesto que el mundo es el campo en el que se siembra la Palabra de Dios (Mt 13, 18), nuestro estudio debe realizarse en diálogo con la cultura actual, con las demás religiones, y debe tener siempre presente la causa de los más pobres y excluidos. Sin un estudio atento del mundo no podremos ser sus interlocutores y evangelizadores.

Como decía la Comisión de la predicación en la carta dirigida a la Orden en 2008, es necesario escuchar al mundo antes de predicar. Probablemente San Vicente Ferrer quería decir lo mismo cuando hablaba de «predicar después del silencio». Vivimos en un mundo complejo en el que se están agotando las fuentes del sentido. Por eso, el predicador debe escuchar con atención las características culturales de nuestro mundo y discernir los signos de los tiempos.

Mirando al mundo actual la humanidad se siente cada vez más preocupada por su futuro. A pesar de los avances de las ciencias y la tecnología y sus aportes al desarrollo económico y al progreso, la familia humana no consigue un desarrollo integral. Pobreza masiva, desigualdades injustas, exclusiones y discriminaciones, conflictos sangrientos, multiplicación de víctimas, riesgos ecológicos, severas cuestiones de bioética... siguen preocupando a nuestra sociedad. La crisis económica ha afectado incluso a los países más ricos, poniendo de manifiesto la debilidad del sistema económico mundial. Una ola cultural de secularismo y el olvido de la trascendencia colocan a muchas personas, sobre todo jóvenes, en el riesgo de perder el sentido de la vida. La sociedad del bienestar es una sociedad abundante en placer y escasa en sentido, abundante en medios y escasa en fines, abundante en política y escasa en mística. Y ese modelo de sociedad del bienestar se sirve como paradigma en los medios de comunicación a todas las demás sociedades. Nuestra evangelización está llamada a desenmascarar todas estas idolatrías.

Sin embargo, también hay esperanzadores signos de los tiempos. La creciente sensibilidad ante los problemas ecológicos y económicos; el compromiso de muchas personas con las causas de la justicia, la paz, los derechos humanos; el espíritu de solidaridad y los voluntariados; el resurgir de la sensibilidad mística y la nostalgia de la experiencia religiosa; el espíritu de diálogo entre las culturas y las religiones; el afianzamiento de los hábitos democráticos... Todos estos son signos que invitan a la esperanza y hacen confiar de nuevo en la cultura de la vida. Son signos que nos animan a continuar haciendo de la predicación dominicana una «predicación de la gracia» (*prædicator gratiæ*).

El estudio dominicano no debe ignorar esas *quæstiones disputatæ* del mundo actual. Enfrentada con esta situación, la Orden tiene delante de sí el desafío de renovar el celo por la predicación del Evangelio como mensaje de esperanza con vigor y confianza. Para ello debe retomar con coraje sus prioridades apostólicas.

## (55) La predicación y el seguimiento de Jesús

Jesús fue un predicador itinerante. Domingo quiso seguir a Jesús con ese mismo estilo de vida, siendo un predicador itinerante. Domingo sale de Osma y, ante las nuevas realidades que se encuentra, decide no volver a Osma, sino que busca nuevas respuestas. Emprende así un largo camino personal que le conduce a la fundación de la nueva Orden de Predicadores. Su nueva fundación tiene como proyecto fundamental (*propositum vitae*) una predicación realizada desde la comunidad. Pero en este proyecto Domingo considera irrenunciable el testimonio evangélico de la vida, el fiel seguimiento de Jesús —*sequela Christi*—. Este estilo de vida evangélica que Domingo adopta para sí y para sus seguidores, contrasta con los modelos de vida habituales en la Iglesia y en la cristiandad del entorno. A través de una vida evangélica Domingo se coloca en sintonía con los pequeños y los pobres que son los primeros destinatarios del Evangelio.

Domingo observa la capacidad de convocatoria que ejercen sobre los fieles aquellos predicadores adornados con rasgos de vida evangélica. Y decide emprender el ministerio de la predicación acreditándolo con una vida evangélica. Imitando y siguiendo a Cristo, anuncia el Evangelio como una palabra de gracia, de misericordia y de compasión. La primera comunidad dominicana en América reprodujo fielmente este modelo de predicación itinerante desde las entrañas de una vida evangélica.

La eficacia de la predicación exige un cultivo de todos los elementos que configuran el seguimiento de Jesús. Los elementos constitutivos de nuestra vida común, como la oración y el estudio, la vida comunitaria, la práctica de los consejos evangélicos, la observancia regular... debidamente armonizados entre sí, son vitales e irrenunciables para mantenernos fieles y fecundos en el ministerio de la predicación.

Humberto de Romans decía que no es lo mismo predicar que echar sermones. Un sermón se puede aprender de memoria y repetirlo, o se puede preparar con una buena biblioteca teológica. Pero, lo que es predicar, predicar... sólo es posible desde la experiencia de la fe, desde la experiencia creyente, desde la lectura creyente de la realidad. Por eso, para ser predicador se requiere como presupuesto una vida al estilo de Jesús —una verdadera *sequela Christi*— con todos los elementos que animan y nutren la dimensión contemplativa y creyente del predicador.

## (56) La predicación y el gobierno

El ministerio de la predicación es el propósito específico de nuestra Orden, de nuestra vida y misión. Debe ser también el propósito u objetivo final del gobierno, del ejercicio de la autoridad y de la obediencia. Por eso, el criterio apostólico no puede faltar en el ejercicio del gobierno, a la hora de animar a los hermanos y a las comunidades, a la hora de establecer prioridades apostólicas, a la hora de abrir y cerrar presencias apostólicas... La predicación debe ser también motivo y criterio definitivo en el ejercicio de la misión. Igualmente, la obediencia en la Orden es sobre todo obediencia a la misión que nos encomienda la comunidad. Es la obediencia que hemos prometido al hacer la profesión en la Orden de predicadores.

El abandono en el ejercicio de la autoridad y del gobierno trae consigo irremediablemente el debilitamiento de la vida y la misión dominicanas. La responsabilidad en el ejercicio del gobierno es la responsabilidad frente a la misión de la predicación. Sin embargo, en una cultura de la autonomía y de hábitos democráticos es preciso repensar y encontrar nuevas mediaciones para el ejercicio de la autoridad y la obediencia. El ejercicio de la autoridad y de la obediencia en la vida dominicana, ya

desde el tiempo de Domingo, sólo se entiende desde el ejercicio del diálogo comunitario. Es la ley primera del gobierno Dominicano que Domingo quiso para sus seguidores.

Desde la época de Santo Domingo, los hermanos han vivido en conventos o casas, se han organizado en Provincias y han elegido un Maestro como signo e instrumento de la unidad de la Orden (LCO 396). Estas tres instituciones tienen una especial significación y constituyen el fundamento firme para sustentar la vida común y la misión de la predicación. A la vista de las exigencias y circunstancias cambiantes de la misión, consideramos que es necesario revisar las estructuras que sostienen nuestro proyecto apostólico: simplificarlas, clarificarlas y definir el proceso de gobierno.

### **(57) La predicación y la economía**

Domingo de Guzmán nos dejó como herencia la pobreza y anatematizó en el lecho de muerte a cualquier hermano que mancillara la santa virtud de la pobreza evangélica. No era una preocupación moralizante la que inspiraba estas palabras de Domingo. Era más bien el celo por la predicación. La pobreza evangélica era y sigue siendo para la Orden la credencial de su ministerio evangelizador. Sin embargo, un elemental realismo nos dice que nuestra vida, nuestra formación, nuestra misión, nuestras instituciones... necesitan dinero para sostenerse. Esto nos obliga a pensar y repensar siempre de nuevo el desafío de la pobreza evangélica, nos obliga a buscar siempre nuevas y significativas formas de pobreza. La recaudación de fondos es hoy una nueva forma de mendicidad.

El recuerdo de los orígenes nos puede ayudar en nuestra búsqueda. «Todo lo que poseían lo tenían en común» (Hch 4, 32). Al fundar la Orden de predicadores Domingo quiso renovar el ideal de la vida apostólica. Diseñó un modelo de predicación según el cual no se ha de predicar sólo con la palabra, sino también con el testimonio de una vida evangélica a nivel personal y comunitario. Elemento esencial de este testimonio evangélico era la comunicación fraterna de bienes y servicios, la economía común, el compartirlo todo: los talentos, el patrimonio cultural y espiritual, los recursos humanos y materiales... Y todo en función de la misión de la predicación. Todo se tenía en común para testimoniar al mundo la nueva humanidad pretendida por el Padre y cumplida en Cristo por el Espíritu.

Hoy se nos invita a gestionar nuestra economía desde estos presupuestos de la pobreza evangélica. Es preciso reexaminar constantemente nuestra concepción de la pobreza y, sobre todo, nuestras prácticas relacionadas con el uso de los bienes materiales y culturales: nuevas formas de mendicidad, nuevas formas de comunicación de bienes, sobre todo en esta época en la que corremos el riesgo de la privatización de nuestra vida religiosa. Se nos invita a adoptar nuevos hábitos de sobriedad y austeridad en un mundo caracterizado paradójicamente por el derroche vergonzoso y la pobreza inhumana. La creciente conciencia de que los recursos naturales del planeta son limitados, hace especialmente significativo el voto de pobreza en la vida religiosa y en la vida dominicana. En este contexto estamos llamados a ser testigos del Evangelio, que nos libera de tantos falsos ídolos y nos invita a hacer un buen uso de los bienes materiales y de nuestro patrimonio espiritual y cultural utilizando los criterios del Reino de Dios y no el de los reinos mundanos.

En el uso de nuestro patrimonio material, cultural y espiritual, la pobreza evangélica nos invita: a vivir del propio trabajo como la mayor parte de los mortales, a cultivar hábitos personales de sobriedad y austeridad, a compartir nuestros bienes sin dar lugar a las economías privadas, a poner todo nuestro patrimonio solidariamente al

servicio de los excluidos y los empobrecidos, a poner todos nuestros recursos humanos y económicos al servicio de la predicación.

### **(58) La profesión, las Constituciones y nuestras vidas**

El libro de las Constituciones representa el mejor proyecto de vida dominicana. No es un instrumento ajeno a nuestra vida. Muestra el corazón de la vida y la misión dominicanas y refleja las mediaciones de esa vida y esa misión. El libro de las Constituciones expresa así con claridad nuestra vocación y misión como predicadores de la verdad, de la gracia y de la misericordia, siguiendo las huellas de Domingo. El Capítulo ha querido subrayar algunos criterios destinados a favorecer la plena realización de nuestra vida y misión en las diferentes regiones de la Orden y, sobre todo, algunos criterios de colaboración entre las distintas entidades de la Orden y de la Familia Dominicana.

Las Constituciones que mantenemos en nuestras manos cuando hacemos la profesión señalan las implicaciones de esta profesión en la Orden de Predicadores. Somos predicadores por vocación y profesión. Para quienes hemos profesado, la predicación no es una simple obligación. Es nuestra identidad, nuestra razón de ser, nuestra vocación. Predicamos, no por una obligación o mandato externo y disciplinar, sino por celo apostólico, porque no podemos dejar de predicar. «Ay de mí si no predico el Evangelio» (1 Cor 9, 16).

En todo esto están en juego dos cosas. En primer lugar la coherencia con nuestra profesión, con la palabra pública y solemne pronunciada ante la Iglesia y ante el mundo en nuestra profesión. Y en segundo lugar, la fidelidad a la misión de predicadores. Una vida sin misión cumplida es una vida vacía y fracasada. Por eso conviene estar atentos a la advertencia que hacía Humberto de Romans ya en el siglo XIII: «Algunos hermanos nunca predicán porque siempre están preparándose para predicar». Evocamos con gratitud a nuestros hermanos enfermos y ancianos que siguen fieles en la predicación mediante el valioso testimonio de su vida evangélica.

Cuando la vida va pasando y miramos hacia atrás, nos damos cuenta de que en nuestra vida ha habido de genuinamente dominicano aquello que ha habido de predicación y de vida evangélica.